

I PROPÓSITO

Hay muchos libros y diferentes publicaciones que tratan con rigor y erudición sobre el Siglo de Oro y la Casa de Austria: biografías de los reyes, reinas, infantes y validos de esa época; estudios sobre la política, las guerras y la economía. En fin, una exhaustiva información de la España y por tanto del Madrid *oficial*.

Con este libro pretendemos descender a los bajos fondos para tratar de la mala vida en el Siglo de Oro madrileño; la vida perdularia y canalla que llevan desde los reyes, la nobleza y la Iglesia —que era más humana que romana— hasta el pueblo, sobre todo el pueblo; de sus vicios, sus usos amorosos heterodoxos e inmorales, la violencia y las cárceles; los pícaros, jugadores, ladrones y asesinos a sueldo. No olvidaremos tampoco a los bodegoneros, posaderos y taberneros, que eran oficios con muy mala fama ejercidos muchas veces por bribones y timadores; unos robándote o dando gato por liebre y los taberneros aguando el vino sin escrúpulos.

Entre la variedad de personajes que pululan por las calles de Madrid, tan animadas y bulliciosas como a veces peligrosas, hablaremos de los viejos soldados en paro, que se mueren de hambre y son capaces de matar para comer, jugar y beber; de rameras, alcahuetas y reparadoras de virgos; de ciegos más o menos fingidos cantando jácaras; lisiados que, acabado su horario laboral, se deshacen de carritos y muletas y corren hacia las tabernas; mendigos que se abren llagas supurantes para llamar la atención y compasión de posibles ingenuos; de vagabundos —*vagamundos*, se llamaban antes, palabra más bonita y apropiada— y ladronzuelos a la caza de unos maravedís para comer una tajadilla en un bodegón de puntapié; las placeras y regatonas que eran las vendedoras callejeras, estafadoras que te engañaban siempre con el precio, con el peso o con ambas cosas; los esportilleros, mozos de cuerda y aguadores eran oficios callejeros que permitían a los tunantes meterse en casas ajenas para llevar la mercancía y arramblar con lo que pudiesen al menor descuido.

Todos estos grupos, y alguno más, formaban el gremio de la picaresca madrileña tratada por nuestros grandes escritores del Siglo de Oro con obras inmortales.

Aunque estas páginas están escritas desde un punto de vista desenfadado, hasta llegar a veces a la anécdota y el chascarrillo, podemos asegurar que siempre hemos mantenido el rigor basándonos en lo escrito, tanto de autores de los siglos XVI y XVII como de los posteriores, así como en datos obtenidos de distintos archivos y bibliotecas. Lo puede comprobar el lector en los numerosos pies de página y en la bibliografía consultada.

2 BREVE INTRODUCCIÓN AL MADRID DEL SIGLO DE ORO

Como los expertos no se ponen de acuerdo en cuál es el periodo que abarca este llamado siglo —en realidad es parte del XVI y todo, o casi, el XVII—, nosotros vamos a referirnos a los años que van del 1561, cuando Madrid pasa a ser la capital de España, al 1700 en que muere Carlos II. Durante este periodo España estuvo gobernada por los últimos reyes de la Casa de Austria, siendo cada uno de ellos peor que el anterior y llevando a España a la ruina, a la pérdida de la hegemonía europea y dejando a la población en la más absoluta miseria.

Esta es la visión que nos daba Cánovas del Castillo del Madrid del siglo XVII:

Los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus abusos cada día; y entretanto hervía España, y principalmente Madrid, en riñas, robos o asesinatos. Los capeadores, o ladrones de capas, no perdonaban siquiera las entradas y salidas de palacio, y despojaban de noche a todo transeúnte, sin distinción de clase o persona. Pagábanse cada día muertes y ejercitábanse notoriamente el oficio de matador; violábanse conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse sin reserva tanto monjas como mujeres particulares; eran innumerables, a la semana, los desafíos, riñas, asesinatos y venganzas. Léanse en las cartas y avisos de la época continuas y horrendas tragedias, que muestran no mucho más respeto a las cosas de Dios que a las de los hombres. Tal caballero, rezando a la puerta de una iglesia, era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba a confesar a su mujer para quitarle al día siguiente la vida y que no se perdiese con el cuerpo el alma; este, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del palio del Santísimo, y allí mismo era muerto; aquel se despertaba de noche al sentir puñaladas en su almohada, y era que su propio ayo le erraba golpes mortales, disparados por levísima ofensa [...]. En quince días hubo en Madrid sólo ciento diez muertes de hombres y mujeres, muchas en personas principales. [...] los delitos privados, los desacatos a la justicia, las contiendas violentas de jurisdicción,

los atropellos, las excomuniones, los sacrilegios, y a la par con todo esto las hechicerías, los embaucamientos y las supersticiones ridículas, se encuentran por centenares.¹

Vicens Vives², haciendo referencia a un trabajo de F. Jareño sobre *El coloquio de los perros*, nos da una visión simplificada de lo diversa y heterogénea que era la población de Madrid en aquella época llena de ociosos y maleantes:

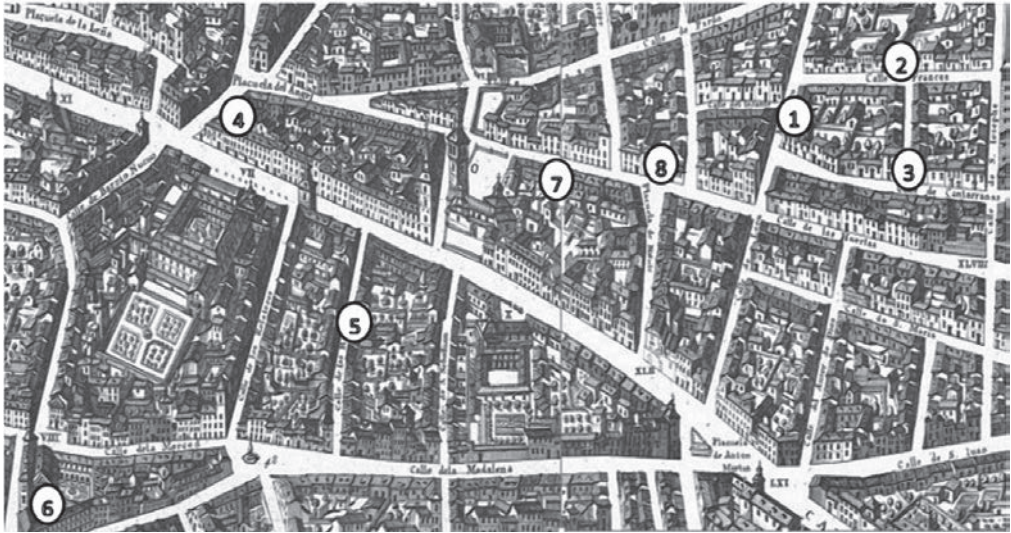
Lo formaban desde barberos charlatanes y tocadores de vihuela, pretendientes memorialistas, landreros escamoteadores de moneda, barateros o timadores, arbitristas fantásticos, guitarristas alegres, sacamuélas callejeros llamados familiteros, astrólogos, zahoríes, pronosticadores, saludadores, estrelleros y quirománticos, milites serviciarios o valentones, damas entretenidas o daifas, capigorriones o aprovechados, mozas del partido o rameras, fulleros o jugadores de ventaja, soplones, tahúres, concertadores de mohatra, burladores de forasteros simples y necios, quimeristas o embelecadores de bobos y rateros aprovechados en apreturas, hasta las lindas tapadas del Prado y el Retiro, homicidas a sueldo, trajineros y caminantes, visitantes de feria, indianos fingidos, escuderos de cebo, rodrigones y criados de embeleco, galancetes y Don Lindos de más cintas y colores que ingenio y sal en la molera, maritornes zafias y enredadoras, terceras y correveidiles en los tapujos y desaposturas de sus bachilleras amas, mozas bravas de mantón y tablado público, viuditas desenvueltas, de condición escandalosa y libres de trato; caballeros de linaje rancio —como tocino de Legaña—, pero de bolsa escasa como su suerte; alguaciles, golillas y escribanos, pleitistas impenitentes y litigantes liosos, estudiantes bribones, ansiosos de fandango y armadores de gresca; arrebatacapas nocturnos, embaidores o burladores socarrones, soldados desbaratados y vagos, maleantes y mutilados, poetas chirles, husmeadores de sinecuras, hidalguillos de comedia, mujeres empingorotadas y desvanecidas, lavanderas raeces del Manzanares, maridos calaveras; taimados llevadores de chismes y portadores de billetes, maridos consentidos, pacientes y cornudos, y, en fin, todos cuantos ingeniosos artífices del mentir, maestros en industrias, burlas, matracas y embelecocos concurrían hormigueantes por las calles zambas y plazuelas zonzas de las principales ciudades de la época.

Este era el ambientillo y la fauna que poblaba Madrid, mientras una España arruinada se iba desmembrando con las pérdidas de Portugal, el Rosellón o las provincias del norte en Flandes y, a la vez, los piratas ingleses nos robaban en nuestras narices el oro y la plata procedente de las Américas. ¿Por qué entonces a este desastroso periodo se le conoce como el Siglo de Oro cuando sería más lógico llamarlo Siglo de Hojalata? Para explicarlo vámonos de tabernas.

Las tabernas eran el punto de encuentro y desencuentro de la gente de entonces. Asiduos a ellas, dos de nuestros más inspirados escritores, don Francisco de Quevedo y Félix Lope de Vega, deponen sus viejas cuestiones a la orilla de un pellejo en la taberna de Lepre, en la calle del Lobo (Echegaray), ante medio azum-

1 Antonio Cánovas del Castillo: *Casa de Austria*.

2 Jaime Vicens Vives: *Historia social y económica de España y América*.



Sobre el *Plano de Texeira* (1656) vemos los domicilios de los grandes autores del Siglo de Oro, exceptuando Calderón, que vivía en la calle Mayor: 1. Cervantes; 2. Lope de Vega; 3. Casa de Quevedo donde vivió Góngora; 4. Rojas Zorrilla; 5. Vélez de Guevara y Ruíz de Alarcón; 6. Tirso de Molina; 7. Última casa donde vivió Góngora en Madrid tras ser desahuciado por Quevedo; 8. Taberna de Lepre.

bre de San Martín. Son buenos bebedores los dos, sobre todo el primero. Parece que fue Góngora, enemigo de ambos, el que escribió estos versos:

Hoy hacen amistad nueva,
 más por Baco que por Febo,
 don Francisco de Quebebo
 y Félix Lope de Beba.

A lo que respondió Lope sugiriendo lo bueno que era el vinillo para la inspiración de un poeta:

Tome un poeta al aurora
 dos tragos sanmartiniegos
 destos que Mahoma ignora
 y podrá de copla en copla
 henchir de versos un cesto.
 Beba agua, y el día pasado,
 hará una copla tan tibia,
 que parezca que ha salido
 por boca de cantimplora.

Estamos allá por 1622. Lope está contento por el gran éxito de *Fuenteovejuna*, aún en boca de todos aunque ya lleva dos o tres años estrenada. Quevedo le cuenta que está enfrascado en una novela picaresca en la que mucho confía: *La vida del Buscón* cree que se va a llamar. Se toman otra taza y comentan que se ha traducido

al inglés el *Don Quijote*, la gran novela de su a veces amigo y otras no tanto Miguel de Cervantes y se alegran, no sin cierta *envidieja*, por ello.

Don Francisco, malote él, está feliz porque ha comprado la casa de la calle del Niño (Quevedo) donde vive su radical enemigo Luis de Góngora y está pendiente de ponerle de patitas a la calle. Hay que celebrarlo, ¡otro trago! Cuando por fin logra desahuciar a Góngora dice que desinfecta la casa de los vapores gongorinos.

Para perfumarla
y desengongorarla
de vapores tan crasos
quemó, como pastillas, garcilasos.³

Góngora se trasladó a la calle de las Huertas antes de volver a su Córdoba natal. Posiblemente ahora un joven sevillano, de paso por Madrid, le está pintando a don Luis el soberbio retrato del museo de Boston; el artista se llama Diego Velázquez.

Madrid está consternado por el asesinato del conde de Villamediana frente a las gradas de San Felipe y enfrente de su palacio. Villamediana era un gran poeta y amigo de Quevedo y como este fue famoso por sus sátiras y versos amorosos; era jugador, torero, ligón, pendenciero y provocador. Enemigo de medio Madrid, era difícil saber quién ordenó su muerte.

Ya sabéis que era Don Juan
dado al juego y los placeres
amábanle las mujeres
por discreto y por galán.

El tabernero les cuenta los rumores acerca del asesinato de Nicolás de Velasco, ocurrido hace unos meses y del que están acusados los hermanos Calderón de la Barca; uno de los cuales, Pedro, se va a convertir en el gran sucesor de Lope con sus obras teatrales.

Mientras apuran el último —¿o penúltimo?— trago ven pasar, un poco renqueante y torcido por la calle de las Huertas, a Ruiz de Alarcón —Corcovilla le llama Quevedo—, seguramente camino del Mentidero de Representantes, desde su casa de la calle Urosas. Es esta una calle muy literaria, pues en ella vivía también Luis Vélez de Guevara, que le da nombre ahora. Tres siglos después Arturo Barea fue también vecino de esta calle. Nuestros escritores hacen chanza de la propaganda de sus obras que Alarcón y su vecino, el fraile Tirso de Molina, que habitaba en el convento de La Merced, pegan en las paredes. Observamos que ensuciar las paredes con anuncios no es tan moderno como parece.

³ Francisco de Quevedo: *Alguacil del Parnaso*.

¡Vitor don Juan de Alarcón
y el fraile de la Merced,
por ensuciar la pared
y no por otra razón!

Además de los autores citados, Rojas Zorrilla vivía en la cercana plazuela del Ángel y Pérez Montalbán moraba en la calle Milaneses frente a la casa de Calderón.

Como vemos, en el siglo XVII y en un radio de apenas doscientos metros vivieron los más preclaros autores españoles de todos los tiempos. Jamás se juntaron ni en España ni en ninguna parte del mundo, en el mismo espacio y tiempo, ingenios de ese calibre. La existencia de estos genios de la literatura y otros grandes artistas como el Greco, Ribera, Velázquez, Alonso Cano o Martínez Montañés, y arquitectos como Juan de Herrera o Juan Gómez de Mora, fue lo que hizo que el término *Siglo de Oro* fuese consagrado, según criterios artísticos y literarios, como el gran periodo de la historia de España. No se trataba de algún personaje egregio que destacaba sobre los demás; era como una meseta elevada a la altura de los picos.

Pero si dejamos a los grandes autores literarios y a los artistas, España en aquella época iba camino del desastre. La expulsión de los moriscos, en nombre de la religión, provocó la despoblación y la desolación del país. Las luchas en Europa en defensa de los Austrias y del catolicismo fue un derroche de hombres y dinero. En América los problemas se acrecentaban día a día y, por si fuera poco, en la propia España, Cataluña, Portugal y hasta Andalucía querían separarse. Los madrileños, desengañados, protestaban con pasquines y octavillas que aparecían en calles y mentideros o incluso en el mismo palacio como esta que vemos a continuación:

Hablemos claro, mi Rey,
toda España va de rota,
el portugués más se engríe,
el catalán más se entona.
Lo militar no se ejerce,
la política lo estorba,
los que pierden nos gobiernan
los que ganan se arrinconan.
Volved pues, tenga el Retiro
fiestas, banquetes, pandorgas;
que para perderse apriesa,
así se han de hacer las cosas.⁴

Los ataques de piratas y corsarios mermaron las arcas de la hacienda de España durante el Siglo de Oro. A los piratas Francis Drake y Walter Raleigh los condecoró y dio importantes cargos la reina Isabel de Inglaterra, siendo su principal

⁴ Fernando Díaz-Plaja: *La historia de España en sus documentos: El siglo XVII*.

mérito robar el oro y la plata de las naves españolas incluso en la bahía de Cádiz. Francisco de Quevedo, por ejemplo, describió en verso la lamentable trayectoria seguida por el oro americano:

Nace en las Indias honrado
 donde el mundo le acompaña,
 viene a morir en España
 y es en Génova enterrado.⁵

Los banqueros genoveses estaban entre los que daban préstamos abusivos a la Corona española.

No hacía falta buscar ladrones entre los extranjeros. Jerónimo de Barrionuevo, gran cronista del Madrid de aquella época, en uno de sus *Avisos* de 1655, dice que «En San Sebastián han cogido un descamino de 18 cajas de plata entre lanas que querían embarcar. Muchas riquezas hay en Castilla. Sólo el Rey está pobre, porque se sirve de ladrones que ni temen ni deben».

Al pueblo, ya empobrecido, se le cargaba con impuestos exagerados para poder pagar la locura de las guerras religiosas en las que se embarcó el llamado Rey Prudente. Además, hubo que sufragar el capricho del monasterio de El Escorial, en donde se gastaron seis millones de ducados; importante cantidad en una época en que la gente se moría de hambre.

El Madrid del Siglo de Oro no era una ciudad digna de muchas alabanzas y mucho menos envidiable; desde Felipe IV estaba rodeada de una miserable cerca, más como fielato que como muralla de defensa. Este cercado impedía la expansión de la ciudad, llena de callejuelas pinas, estrechas y mal ventiladas, algunas con nombres evocadores como Sal Si Puedes, En Hora Mala Vayas, Aunque Os Pese, Arrastra Culos, Tente Tieso, Del Tufo o Quebranta Piernas; nombres todos que indicaban la amplitud, comodidad y limpieza de la callejas madrileñas. Las únicas calles con cierto empaque eran las de Alcalá, Atocha, Mayor y Toledo. En cuanto a plazas, solamente las de la Cebada, Santo Domingo, Leganitos, y sobre todo la Plaza Mayor, eran merecedoras de este nombre, ya que las demás eran apenas unas plazuelas en una confluencia de callecitas. Según Juderías:

La mayor parte del vecindario vivía a la usanza de las fieras, sino —además de— que el aspecto exterior de las viviendas era digno del más ínfimo, del más olvidado villorrio. Las casas de Madrid son de ladrillo, trabado con tierra en vez de cal; las de los pobres son de tierra. La piedra es carísima en Madrid, pues la extraen de canteras que se hallan a seis u ocho leguas de la capital, cerca del Escorial. Esto hace que las casas sean muy caras y que se diga que un hombre es muy rico cuando se pone a hacer una casa.⁶

5 Francisco de Quevedo: *Poderoso caballero es don dinero*.

6 Julián Juderías y Loyot: *España en tiempo de Carlos II el Hechizado*.